

Globalización y política

Oscar Rodríguez Buzneo
 Profesor de Ciencia Política y director de la
 Escuela de Relaciones Laborales.
 Universidad de Oviedo



Quiero manifestar mi agradecimiento a la UGT por haberme invitado a participar en su primera Escuela de Verano. Considero esta iniciativa excelente y ejemplar. Además encuentro que es oportuna por el tema elegido, la globalización. Esto indica que la UGT es un sindicato que está alerta sobre las cosas que pasan en el mundo. La sociedad asturiana, distraída de las cuestiones mayores, debería tomar ejemplo de esta iniciativa.

Entiendo que mi aportación al debate que UGT propone consiste en discutir cómo las formas políticas se están viendo modificadas por la globalización. Quisiera hacerlo suscitando aquí algunas cuestiones.

Para perfilar mi idea de la globalización, diré que la observo como un conjunto de procesos que afectan a todos los ámbitos de la vida económica, social, política y cultural, que están transformando la vida moderna de una forma muy rápida, con una dirección muy incierta y de manera irreversible.

En el proceso de la globalización el factor desencadenante y que hace que en aspectos básicos no tenga retorno, salvo catástrofe no descartable del todo, ha sido la evolución del conocimiento científico y la sucesión de una cascada prolífica de innovaciones tecnológicas.

Por todo ello, se está dibujando el cuadro de la sociedad en la que viviremos no se sabe por cuanto tiempo, porque las sociedades modernas cambian de forma acelerada e incesante. Se trata de un proceso que es real, no una mera creación ideológica. Lo que no quiere decir, aunque esté demostrando una fuerza de arrastre insólita, que esté absolutamente fuera de nuestro control.

En la última década el uso de la palabra "globalización" se ha generalizado. Hoy es un concepto omnipresente hasta en el lenguaje común. Su propagación ha sido casi instantánea. Es un concepto contradictorio y controvertido. Todos hablamos de "global" y de "globalización". Esta generalización va en detrimento de la precisión en el significado y en el uso del término. Se ha convertido en un concepto comodín que utilizamos para definir algo que no somos capaces de comprender de otro modo; el presente histórico. Hemos dejado atrás la etapa de la revolución industrial, pero no sabemos ubicarnos. Apenas unos años atrás utilizábamos, como si fueran definitivas, palabras como postindustrial, postmoderno... palabras que pronto fueron retiradas del vocabulario. Hoy apenas se utilizan. Se han ido sustituyendo por el término "globalización".

Tenemos un conocimiento fragmentario de cosas que pasan, procesos en curso, novedades sociales, pero nos hace falta una imagen global de nuestro presente histórico para poder actuar, de la que carecemos. El concepto de globalización nos introduce así en laberintos que no tienen fácil salida.

Se habrá entrevisto ya que no concuerdo con quienes piensan que la globalización obedece en exclusiva a un diseño de reorganización del capitalismo internacional. No debe confundirse la globalización con el globalismo: son cosas diferentes. "Globalismo" es la concepción según la cual el mercado mundial sustituye al quehacer político, la ideología del liberalismo, un imperialismo de lo económico. Un gran sector de las izquierdas consideran que esto es la globalización. Este es un ingrediente de la globalización, a veces el más vistoso y, desde luego, el más molesto. Pero es tan sólo un ingrediente. La globalización tiene otros componentes.

Con el término "globalización" se indica que estamos en una fase postrera de la modernidad. No estamos en una sociedad diferente a la moderna, pero si estamos en una sociedad que está llevando a límites extremos los postulados básicos de la sociedad moderna. Este proceso globalizador tiene un conjunto de implicaciones poderosas que han alterado severamente el mapa de nuestra sociedad. Voy a citar solamente tres de estas implicaciones:

Con el término "globalización" se indica que estamos en una fase postrera de la modernidad. No estamos en una sociedad diferente a la moderna, pero si estamos en una sociedad que está llevando a límites extremos los postulados básicos de la sociedad moderna.

Primera: la mundialización. Hace referencia a que el mundo se ha hecho uno. Todas las partes del mundo han establecido entre sí relaciones de interdependencia. Esto no es nuevo, lo que ocurre es que dicha integración ha adquirido una dimensión superior.

Segunda: la localización.

Es una respuesta a la anterior, que nos empuja a la búsqueda de una identidad o a compartir varias, susceptibles de ser activadas con cierto automatismo en la vida social. Así nos encontramos todos indagando en nuestro pasado para saber quiénes somos. Por lo mismo resurgen los fenómenos nacionalistas y aparecen identidades nuevas de todo tipo, algunas un tanto curiosas.

Tercera: la individualización, que no debe confundirse con el puro individualismo. Es, según mi opinión, la implicación más novedosa e interesante de la globalización. Por primera vez en la historia el individuo define su biografía del modo que decida hacerlo partiendo del principio. Lo habitual ha sido que los individuos tomaran decisiones de acuerdo con unas tradiciones. Hasta ahora las generaciones futuras repetían las pautas de comportamientos de las generaciones precedentes.

Esa cadena de transmisión histórica se está quebrando por completo. El individuo no acepta la autoridad de la tradición a la hora de hacer su vida. El individuo moldea su propia biografía. Un ejemplo: un joven, llegada una edad, se casaba, tenía hijos, etc. Hoy este joven decide con plena autonomía como moldear su vida. A esto se refiere la individualización de la que hablo. Si esta implicación es cierta, téngase en cuenta que tiene unas profundísimas consecuencias sobre la vida política.

El proceso de globalización nos está obligando a repensar algunos supuestos que teníamos por inalterables en la vida política.

¿Qué ocurre con la política como consecuencia de este proceso de globalización? Tenemos claro que las formas políticas que hemos heredado de la época histórica moderna se han quedado viejas y huecas. Esto explica que buena parte de los ciudadanos no sientan interés por la vida política. Fernando Vallespín, profesor de la Autónoma de Madrid, comienza diciendo en su último libro, titulado *El futuro de la política*: "Algo huele a rancio en el reino de la política".

Esta es una sensación muy compartida. Siendo un problema inmediato para la vitalidad de nuestros sistemas políticos, si lo relacionamos con la globalización nos encontramos con que este proceso de globalización nos está obligando a repensar algunos supuestos que teníamos por inalterables en la vida política. Además, nos ha abierto un horizonte de excitante incertidumbre. Parece necesario renovar las formas políticas,



pero ¿qué nuevas formas políticas adoptamos?. Sencillamente, no lo sabemos. Nos encontramos en la fase de la inventiva y la experimentación de las mismas.

Prioritario es establecer si este proceso es susceptible de ser controlado políticamente. Si la sociedad es capaz de someter a su criterio el flujo globalizador. Si la globalización ha aumentado las desigualdades ¿podemos hacer algo contra ello?. Esta es una cuestión política. Se trata de saber si hay forma de agrupar a los individuos para combatir el plus de desigualdad que por el momento trae consigo la globalización. La democracia que conocemos, ¿es suficiente defensa contra los efectos nocivos de la globalización?. Aquí surgen grandes dudas. Hasta ahora la democracia ha sido nacional y ahora las fuerzas de la globalización desbordan los límites de una nación, por tanto, de una democracia.

La democracia además ya tenía acumulados sus problemas de participación, de eficacia, de control... Este tipo de problemas han sido acentuados por la globalización. Para someter a control este proceso tendremos que inventar nuevos mecanismos culturales e institucionales, porque las fuerzas de la globalización han dejado inservibles la mayoría de los disponibles hasta la fecha.

Es preciso proveer de sustancia nueva la democracia, y para ello hay que fortalecer antes la sociedad, que es su sustrato inevitable. Lo primero que tiene que ocurrir es que los miembros de la sociedad sientan algo en común, se sientan sociedad. La globalización ha desatado fuerzas que actúan en sentido contrario y desafían abiertamente las tradiciones comunitaristas de las izquierdas, que a duras penas mantiene en pie una idea del interés general.

Por otra parte, está la cuestión del estado, que en algunos casos parece estar debilitándose hasta un punto alarmante. El estado siempre actuó sobre un territorio, pero ahora el territorio no tiene la importancia que tuvo en otro tiempo, relativizado por el alcance de las innovaciones tecnológicas. También hay fuer-

zas internas que están debilitándolo. Hay quienes ya hablan de una época postestatal.

A mí esto me parece demasiado precipitado, y aunque es cierto que por un lado el estado sufre achaques, en otros aspectos se ha fortalecido. Lo que sí es cierto es que el estado que hemos conocido no sobrevivirá. El estado será diferente. Hasta ahora el estado centralizaba el poder y hacía descender su autoridad sobre ciudadanos de un territorio. El estado futuro será más versátil, su poder estará más disperso y tendrá una puesta en escena distinta, pero nos será imprescindible para hacer una distribución de la riqueza equilibrada. Para esta misión será insustituible.

Otros efectos percibidos en la esfera política se producen en el ámbito de los medios de comunicación. En mi opinión las sociedades nunca habían dispuesto de tantos medios para una buena educación política y, sin embargo, están siendo empleados habitualmente con escaso respeto a los principios democráticos. Los medios de comunicación tienen un enorme poder, no sólo por la influencia que ejercen, sino porque ellos mismos constituyen un poder.

Basan su fuerza en la capacidad de fabricar la imagen que los ciudadanos tenemos de la sociedad. Como poder, son agentes interesados, y aquí es donde surge el riesgo. No hay democracia de calidad sin una ciudadanía bien formada, bien informada e implicada en la vida pública. Para conseguir esto habría que poner al servicio de estos fines todo el potencial de los medios de comunicación. Aquí hay un reto de extraordinaria envergadura para la izquierda, pues en los medios de comunicación hay un gran potencial democrático, como digo, por el momento inutilizado, cuando no utilizado en sentido contrario. Resulta decepcionante comprobar que las izquierdas no se han hecho cargo de este fundamental reto político.

Por último, está la cuestión ideológica. Del fin de las ideologías se habla desde el final de la II Guerra Mundial. El siglo XX ha sido un siglo muy condicionado políticamente por las ideologías. Los fenómenos políticos que han dejado más huellas en

este siglo han sido el comunismo y el fascismo. Ambas experiencias han estado precedidas de una construcción ideológica. Es un hecho, pues, que las ideologías han tenido una influencia absoluta en el devenir político de este siglo.

En esta nueva fase histórica, ¿qué sucede con las ideologías? Tal y como las hemos conocido tienden a desaparecer. La mayoría de ellas no sobrevivirá. No ocurrirá lo mismo con el liberalismo. El gran error de las izquierdas es que éstas se resisten a asumir lo mejor de la tradición del liberalismo, cuando, en realidad lo han hecho ya de forma implícita. Las divisiones clásicas de izquierdas y derechas ya no serán tan claramente perceptibles.

De la experiencia hemos aprendido la inconveniencia de ser utópicos, excepto al modo de los románticos, pero necesitamos referencias para la acción política. Aquellas ideologías no nos sirven ahora, pero necesitamos algo que ocupe su lugar. Ya no todo es susceptible de ser de izquierdas o de derechas, por ejemplo el medio ambiente. Antes la gente estaba dispuesta a dar su vida por aquellas ideas. Los individuos, ideológica y políticamente, hoy flotan. Aún a pesar de todo, pienso que la izquierda y la derecha continúan existiendo como balizas que permiten la localización de las diversas tendencias políticas.

En conclusión, propongo tres preguntas que condensan mis preocupaciones por las consecuencias políticas del proceso de globalización. Las tres cuestiones son otros tantos retos decisivos para las izquierdas.

¿Qué importancia tendrá en la sociedad globalizada la política? La política, en su versión estatal e ideológica, fue central en la vida de las personas en el siglo XX, pero en el XXI la gente pondrá como prioridad otras muchas cosas, y tal política quedará relegada. Aunque es muy probable, por suerte, que nuevas formas de la política conciten interés y dedicación.

¿Prevalecerá la democracia sobre las tendencias en curso?. Desde mi punto de vista, es absolutamente vital que esto suceda, pero esto sólo sucederá si le inyectamos sabia nueva y para

esto es necesario una ciudadanía informada e implicada. De lo contrario, nos quedaremos únicamente con su molde.

¿Tendrá sitio en la política del futuro la socialdemocracia?. Mi idea es que esta izquierda moderada tendrá futuro siempre que se reconstruya, sin prejuicios, de modo consecuente con sus principios, reconociendo los errores cometidos y extrayendo las lecciones oportunas de ellos. Ese futuro está en el liberalismo riguroso y sólo en parte en el socialismo, tal como reconocen ya amplios sectores de la propia izquierda

Son cuestiones que quedan abiertas, inquietudes, preguntas que permiten avanzar en la reflexión, difícil y apasionante a la vez, aunque no dé los frutos apetecidos al instante.

OSCAR RODRÍGUEZ BUZNEGO

Nació en Santa Eulalia de Cabranes. Es profesor de Ciencia Política en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Oviedo.

Es profesor-investigador del C-CODET (Centro de Cooperación y Desarrollo Territorial) de la misma Universidad y, como tal, es docente en el Master de Desarrollo Local impartido por dicho centro y participa de las actividades de la Red EUREXTER, un foro de reflexión sobre políticas locales de la Unión Europea que se reúne periódicamente en distintos lugares.

Es director de la Escuela de Relaciones Laborales, también de la Universidad de Oviedo.

Ha sido fundador y primer director del Grupo "Encuentros en Torazo" y en la actualidad es miembro de la Asociación Española de Ciencia Política y de la Federación Española de Sociología.

Sus principales áreas de estudio e investigación han sido: el cambio social en el mundo rural asturiano, la transición política española, los partidos políticos y la teoría de la democracia.

Ocasionalmente publica en la prensa regional sus análisis de la política de la comunidad autónoma asturiana.